

WORLD  
WARCRAFT  
MISTS of PANDARIA

BLIZZARD ENTERTAINMENT

# Diario de viaje de Li Li



*La vida es una aventura.*

Eso es lo que una vez el tío Chen me dijo en una carta. Es un sabio consejo, pero mi padre, Chon Po, no lo ve así. Dice que malgasto mi tiempo soñando con el mundo exterior, y que ignoro toda la belleza y maravillas de La Isla Errante. No podría estar más equivocado: me encanta el lugar del que procedo.

Esa es la razón de ser de este diario. Me he dado cuenta de que, si alguna vez llego a ser una gran exploradora como el tío Chen, necesito empezar a escribir sobre mis propias aventuras, igual que hace él. ¿Por qué no comenzar por mi propio hogar? Puede que mi libro termine en El Gran Archivo, junto a las misivas del tío Chen. Mejor aún: ¡puede que, algún día, la gente de la Ciudad de Ventormenta, Orgrimmar, o de otras tierras lejanas, acabe leyendo y conociendo a mis congéneres, nuestra cultura y todo lo que hace que este lugar sea tan maravilloso!

Lo primero es lo primero: una introducción. Nací en la Gran Tortuga, Shen-zin Su, también conocida como La Isla Errante. Hoy en día, muchos de los pandaren de este lugar se limitan a sentarse a ver pasar el tiempo y a contar las mismas historias, pero no siempre fue así. Nuestros ancestros llevaban la aventura en la sangre. ¡Para ellos, cada día en la isla era una oportunidad para descubrir cosas nuevas y fraguar nuevas historias!

Mientras escribo esto, el tío Chen está prosiguiendo con esa tradición en algún lugar del mundo, pero él no es el único. Yo también he sentido la llamada de la filosofía del viajero, justo aquí, en casa, ¡y ya era hora de que me dejase llevar!

Me llamo Li Li Cerveza de Trueno, y esto es La Isla Errante.



## **Capítulo Uno: Repasando lo básico**

Decidí explorar mi hogar a través de la filosofía del viajero, una filosofía sobre la cual el tío Chen ha escrito mucho. Básicamente consiste en afrontar cada viaje paso a paso, observando todo lo que hay a tu alrededor, hablando con todo aquel con el que te encuentres y sumergiéndote en cada uno de los detalles.

Tras pensarlo largo y tendido, comencé mi viaje por Shen-zin Su donde empecé a conocer la historia de la isla: El Puente del Amanecer. Este enorme puente de piedra se extiende a lo largo de altas colinas cerca del centro de la isla. Desde el punto más alto del puente se puede ver al completo el verde Bosque Pei-Wu, al sur. ¡La vista desde aquí te deja sin aliento!

Pero no fui allí por el paisaje. Me dirigía a una pequeña aula situada bajo el puente. Ahí es donde la mayor parte de los cachorros aprenden sobre Liu Lang, el primer pandaren explorador (aunque yo supe de él por primera vez a través del tío Chen). La cómoda estancia al aire libre estaba llena de pequeños cachorros que escuchaban la historia de Liu Lang de boca de un par de eremitas. Tomé asiento y cerré los ojos, intentando imaginar que la estaba escuchando por primera vez.

¡Escuchar la historia de Liu Lang hizo que creyese que todo era posible! Inspirada, atravesé el puente en dirección al Templo de los Cinco Albores, una brillante torre en el centro de la isla. Entrar en ese gigantesco edificio es como entrar en un mundo totalmente diferente. La lluvia caía a chorros desde el techo; una suave brisa tiraba de mi ropa; y, aunque hacía frío fuera, el aire del interior era tan cálido como el de un día de verano.

Los eremitas dicen que Shen-zin Su y el templo fueron aumentando su tamaño de manera conjunta, como si el edificio formase parte de la Gran Tortuga. Se trata de un lugar sagrado, y hay una buena razón para ello. El templo es el hogar de los cuatro antiguos espíritus de la tierra: Shu (agua), Wugou (tierra), Huo (fuego) y Dafeng (aire). Mientras todos ellos estén sanos y salvos el clima permanece en calma y las estaciones se suceden unas a otras como deben.

El templo está lleno de sabios proverbios y raras baratijas, pero lo que más me interesaba era la estatua de Liu Lang presente en el primer piso. Mientras la observaba, pensé en todas las grandes cosas que Liu había conseguido. ¡Hacía falta echarle valor para hacer todo eso! La aventura debía de haberlo seguido a cada paso que daba, incluso en casa.

Me topé con el maestro Shang Xi cuando ya me estaba yendo. Es una persona muy reconocida en la zona, un pandaren realmente noble y valiente que educa tanto a jóvenes como a mayores. He perdido la cuenta de las veces que me he metido en problemas con Shang, pero siempre se ha mostrado bastante magnánimo (excepto ese día en el que preparé su té con agua corrompida procedente de los estanques malditos). Sea como sea, estaba de buen humor, así que lo asalté con varias preguntas que me habían estado atribulando: ¿Qué haría Liu Lang si estuviera vivo? ¿Dónde encontraría él aventuras en la isla?

—¿Por qué no le preguntas? respondió el maestro Xi, apuntando a la estatua.

No había pensado en eso, así que probé a ver qué sucedía. No esperaba *realmente* recibir una respuesta.

¡Pero obtuve una!

Shu debía haber estado escuchando. El pequeño espíritu saltó sobre los hombros de Liu Lang y lanzó una buena cantidad de agua que salpicó el suelo. Tras un instante, el charco *se movió*. Se dispersó por la entrada del templo como si tuviese vida propia, y entonces bajó a saltos La Escalera del Albor hacia el exterior.

Seguí al agua tan rápido como pude hasta que alcancé el ancho valle al norte del templo. Nunca pregunté al agua a dónde se dirigía; eso habría arruinado el factor sorpresa. ¡Al igual que Chen, me estaba tomando el viaje paso a paso!



全

卡  
耳  
三

## Capítulo Dos: El dilema del amanecer

¡Mi viaje por La Isla Errante prosiguió en El Valle del Amanecer!

Perseguí a la masa de agua que Shu había creado por todas las verdes colinas de la región y los secos matorrales. El pequeño espíritu siempre estaba un paso por delante de mí, pero no me importaba. En ese momento del año el valle estaba precioso y lleno de plantas y animales fascinantes, como los malandrines Hojámbar, bromistas duendes del bosque a los que les encanta hacer jugarretas y travesuras. Siempre me han gustado. Pero mis favoritos en esa parte de la isla son los árboles puzhu, de un color rojo brillante. Tienen algo mágico. Sus pétalos mantienen su color durante meses incluso después de arrancarlos.

Los eremitas dicen que Liu Lang plantó varios brotes y semillas por toda la isla hace ya muchos años. ¿Acaso eso significa que hay los mismos tipos de flores y plantas en Pandaria? Si es así, puede que la gente que viva allí utilice los pétalos de puzhu para fabricar medicamentos y adornos festivos como lo hacemos nosotros.

Sea como sea, perdí el rastro al agua de Shu en algún lugar de la Aldea Wu-Song, al norte de El Valle del Amanecer. ¡Y para complicar aún más las cosas, nadie en el asentamiento la había visto! ¿Cómo puedes no ver una masa viva de agua danzando por las calles? Supongo que en realidad no puedo culpar a los lugareños. Parecían ocupados con sus tareas y con la práctica de las artes marciales. Muchos de los mejores monjes de la isla nacen y crecen en Wu-Song, en parte por su cercanía a los Campos de Entrenamiento de Shang Xi.

Los campos están situados sobre una enorme colina, justo al este de la aldea. Durante todo el día, los sonidos de los puños desnudos y las armas que golpean a los muñecos de entrenamiento retumban por todo el valle, más abajo. Mientras me dirigía hacia los campos, me encontré con dos de los pandaren más sabios de los alrededores: Aysa Canción Etérea, maestra de la escuela de pensamiento tushui, y Ji Zarpa Ígnea, un maestro de la tradición huojin.

Ambas filosofías son bastante populares, pero cada una cuenta con sus propias peculiaridades. Tushui te enseña a defender lo que está bien por encima de todo. Solo hay un camino correcto en la vida, y ese es *siempre* el que se debe seguir. Por otra parte, huojin es todo pasión y acción directa. Los estudiantes de esta escuela creen que, mientras se trabaje por un bien mayor, se puede ser flexible acerca de cómo se consigue.

Siendo una seguidora de la filosofía del viajero no podía dejar pasar la oportunidad de preguntar a Aysa y Ji cómo debería afrontar la búsqueda de la masa de agua.

—Siéntate, observa y espera, joven —dijo Aysa—. Shu es un ser antiguo, y no siempre responderá a tu llamada. Si su agua quiere *encontrarte*, lo hará... con el tiempo.

La visión de Ji fue algo distinta.

—Solo encontrarás el agua si eres persistente, pequeña Cerveza de Trueno. Rebusca en cada árbol y cada ribera. ¡No dejes ni una piedra sin remover!

Acabé probando ambos métodos. Primero fui a serenarme a la Charca de Fu, un paraje tranquilo al sur de los campos de entrenamiento. Me senté allí y medité durante lo que parecieron horas, pero la masa de agua de Shu no apareció por ningún lado. Entonces seguí el consejo de Ji y me puse a rebuscar en cada arbusto que me encontré. Terminé por darme cuenta de que nada de aquello tenía sentido. Mi misión consistía en explorar. Si Shu me llevó allí por alguna razón, puede que fuese para ayudarme a dar el primer paso en mi viaje.

Tras volver al Templo de los Cinco Albores, me crucé con un conductor de carros llamado Lun y con su enorme yak. Acababa de entregar varios suministros en el templo y se estaba preparando para volver a La Granja de Dai-Lo. Esa parte de la isla parecía tan buena como otra cualquiera para realizar la siguiente visita. Conseguí convencer a Lun para que me diese una vuelta en su carro.

Sin embargo, me dio la sensación de que estaba de mal humor. Tenía ese aspecto agrio en su rostro, como el que se te queda cuando pegas un mordisco a un bollo dulce con judías rojas y te das cuenta de que alguien lo ha rellenado con queso de yak rancio (a mí me ha pasado). Tras una ronda de preguntas, conseguí que me dijese la verdad: ¡unos ladrones hozen habían saqueado sus reservas de comida!

Claro que me sentía mal por Lun, pero si soy sincera, he de reconocer que también estaba bastante emocionada. Explorar Dai-Lo era una cosa, pero explorarlo y *además* investigar un robo hozen me parecía un sueño hecho realidad.

¡La siguiente parte de mi viaje iba tomando la forma de una verdadera aventura!





### Capítulo Tres: Cómo atrapar a un hozen

¡Después de mi travesía por el Valle del Amanecer, continué hacia La Granja de Dai-Lo!

Este bello lugar es el granero de La Isla Errante, y por lo que leí en El Gran Archivo: el suelo de la región es uno de los más fértiles del mundo. La propia Granja de Dai-Lo es una pequeña comunidad campesina cerca de El Labrantío: extensas y serpenteantes extensiones de tierra cultivada repletas de calabazas, zanahorias y demás manjares. Toda esa comida madura en campo abierto hace que esta zona sea uno de los objetivos primordiales para plagas como los mures. Esas peludas alimañas devoran todo cuanto puedan atrapar en sus mugrientas y diminutas zarpas, pero especialmente las verduras les vuelven completamente locos.

Pero los mures no son más que uno de los problemas de la granja. Mientras me llevaba a Dai-Lo, el conductor del carro, Lun, me habló de un grupo de ladrones hozen que se habían adentrado a hurtadillas en la aldea y habían escapado con unos cuantos sacos de arroz y verdura. Normalmente los tenaces monos se solían quedar en la Aldea Fe-Fang, en la parte noroeste de la isla, pero a veces aparecían y causaban problemas.

Que no se me malinterprete: me gustan los hozen. Tienen sus propias y encantadoras costumbres y tradiciones. Los hozen son unos chalados, pero divertidos y adorables. Lo malo es que demasiadas veces su locura va *un poco* más allá de lo tolerable.

Me quedé perpleja al enterarme de que nadie estaba intentando encontrar a los ladrones. Supongo que con los mures husmeando, los granjeros de Dai-Lo pensarían que perder un par de fardos de comida de vez en cuando no era nada del otro mundo. Tal y como yo lo veía, si los granjeros permitían a los hozen robar sus cosechas, esas bolas peludas seguirían haciéndolo. ¡Estaban robando *nuestra* comida, y yo no iba a quedarme sentada y permitir que se salieran con la suya!

Lun dijo que se había visto por última vez a los hozen dirigirse hacia los bosques al norte de El Labrantío, en dirección a un área llamada Las Pozas Cantarinas. No tardé mucho en encontrar un rastro de restos de zanahoria mordisqueados y tallos de brócoli desechados (supongo que incluso los hozen odian el brócoli). Seguí el rastro hasta los apartados bosques esmeralda que rodean las pozas.

Siempre me ha gustado visitar esas pozas. Son tranquilas y rebosan magia. He pasado mucho tiempo allí, manteniendo el equilibrio sobre estrechos postes de madera que se alzan sobre el

agua. Esas sesiones de entrenamiento son realmente emocionantes, porque caer no solo implica empaparse. Hay algo más que agua.

A lo largo de los años, todo tipo de animales han muerto en las pozas, y sus espíritus se han fundido con las aguas encantadas. Si caes al agua... ¡PUF! Un momento después estás saltando por ahí convertida en rana o arrastrándote por el barro como una tortuga. Incluso hay una poza con espíritus de mofetas. ¡Y después de que la maldición desaparezca seguirás apestando durante días!

Me tomé mi tiempo para investigar, observé cómo varios cachorros saltaban de poste en poste bajo la dirección de un pandaren llamado Bo, el Recio. Es un panda corpulento y sensato, y durante años fue uno de mis profesores. Tiene buen corazón, pero es tan divertido como un cubo de cebo para pescado de hace una semana. Siempre está: *¡No hagas eso!*... Igual que mi padre. Los dos son justo lo contrario que el tío Chen.

Bo, el Recio advirtió mi presencia mientras caminaba junto a las pozas, y me lanzó una mirada severa. Probablemente pensase que no tramaba nada bueno (obviamente, tenía razón). Por suerte, estaba demasiado ocupado enseñando a los cachorros como para molestarme.

Por fin, acabé encontrando a los ladrones hozen: cinco, para ser exactos. Estaban pasando el tiempo a la orilla de la poza de la mofeta, empujándose unos a otros al agua. Siempre que uno de ellos caía y se transformaba por un breve espacio de tiempo, el resto se ponía a gritar y a armar escándalo como si fuese la hora feliz de la Cervecería Ki-Han.

Descubrí lo que quedaba de los sacos de arroz y verduras en una colina cercana, escondidos detrás de un árbol. Los hozen estaban tan ocupados con sus juegos que ni siquiera se percataron de mi presencia cuando me acerqué al escondite para inspeccionar mejor la mercancía. Me arrastré más y más, hasta que la comida estuvo al alcance, y entonces... ¡dos peludos bebés hozen salieron de detrás de las bolsas!

No esperaba que los ladrones fuesen una familia. Probablemente robaron la comida para alimentar a las crías, así que no me atreví a recuperarla. Aun así, todavía podía cobrarme cierta venganza. Lancé una de las calabazas robadas a los hozen que estaban cerca de la poza, y a continuación salí corriendo hacia el interior del bosque. Por el estruendo que escuché, me imagino que tiré a un par de ellos, aunque es posible que al convertirlos en mofetas consiguiera mejorar su olor en lugar de empeorarlo.

De vuelta a la granja, decidí cuál sería mi próximo destino: el Bosque Pei-Wu, una densa y terrorífica franja de tierra salvaje cerca de Dai-Lo. Para mí, ir allí era algo más que explorar. Cuando era cachorro entraba a hurtadillas en Pei-Wu cada pocos años, pero siempre volvía a casa corriendo tras dar unos cuantos pasos; tenía demasiado miedo para seguir.

Creo que había llegado el momento de afrontar mis temores. Conseguí suministros en Dai-Lo y salí hacia el Bosque Pei-Wu, ¡la zona más peligrosa y prohibida de toda La Isla Errante!



## Capítulo Cuatro: El Bosque Prohibido

Ya con suministros provenientes de La Granja de Dai-Lo, me preparé para mi viaje al lugar más mortífero de La Isla Errante: ¡el Bosque Pei-Wu!

La zona es peligrosa (el acceso a la misma está prohibido para casi todos los pandaren), y sabía que introducirse a hurtadillas sería complicado. Varias colinas, y empinadas y rocosas montañas rodean el denso bosque de bambú, y dos inmensos portones sellan el único verdadero camino a su interior. Estas sólidas y resistentes barreras están ubicadas a las afueras de la Aldea Mandori, donde he vivido toda mi vida. Puede parecer que eso lo haga más sencillo, pero siempre hay pandaren en la zona y es difícil superar los muros sin que te detecten.

Para hacerlo aún más complicado, mientras buscaba un sitio apartado desde el que superar la primera puerta vi a Bo, el Recio. ¿Por qué estaría danzando por los alrededores de la aldea precisamente ese día? Me preguntó qué pretendía antes, en Las Pozas Cantarinas.

—Disfrutar de la belleza y el esplendor que caracterizan a nuestro hogar—respondí. ¡Y era cierto!

A pesar de ello, Bo, el Recio, se limitó a fruncir el ceño y a ponerme mala cara, como de costumbre (me pregunto si sabe cuánto se parece a un sapo Lomomusgo cuando hace eso). Con Bo husmeando por los alrededores, decidí volver a casa para así pasar desapercibida y descansar hasta que estuviese segura de que no había moros en la costa. Antes del alba me deslicé por las tranquilas y vacías calles de la aldea y escalé los dos enormes portones con una cuerda de pelo de yak que cogí en Dai-Lo.

Poco después, el sol hizo acto de presencia sobre el horizonte, pero la densa vegetación de Pei-Wu bloqueaba casi toda la luz. La niebla rondaba por el suelo del bosque, lo que dificultaba aún más la visión. Sin embargo, podía escuchar sonidos a mi alrededor... muchos sonidos. La región es bien conocida por su abundancia de criaturas, pero solo una de ellas infunde temor en todos y cada uno de los corazones de los pandaren: el feroz tigre de Pei-Wu.

Uno de ellos *me* perseguía. Siempre que caminaba, escuchaba a lo lejos sonoras pisadas. Si yo me detenía, también se detenían. Si yo me movía, se movían. Entonces, de repente, la bestia aceleró el paso hacia mí, gruñendo y rugiendo. Adopté la postura del buey tenaz para defenderme mientras una figura gigante emergía de entre la niebla...

¡Era Bo, el Recio!

¿Por qué no podía ocuparse de sus asuntos? Sin mediar palabra, Bo me llevó de vuelta a casa, donde despertó a mi padre y le contó que había entrado a hurtadillas en el bosque prohibido. Papá me echó la bronca durante una hora larga, hasta que terminó por tranquilizarse. Como castigo, decidió que tendría que sufrir una semana entera de entrenamiento en Las Pozas Cantarinas... bajo la estricta supervisión de Bo.

Intenté decirle a papá lo que había estado haciendo, que había estado explorando la Gran Tortuga y escribiendo sobre lo maravilloso que estaba siendo el viaje. Creí que eso le haría sentirse bien, pero no parecía que lo comprendiese o le importase.

Dijo que mi castigo comenzaría al día siguiente, lo que significaba que tenía tiempo de visitar un sitio más. Aún echando chispas por lo que había pasado, me dirigí hacia el oeste hasta que llegué a un sendero largo y sinuoso que llevaba hasta El Bosque de Bastones, el lugar de descanso eterno para los viejos pandaren de La Isla Errante. Un enorme león de piedra, el guardián de los ancestros, protege la entrada, y el poderoso ser no te deja pasar a no ser que lo derrotes en un solo combate (yo fui una de las pandaren más jóvenes en pasar la prueba).

Hace años, antes de que abandonase la Gran Tortuga, el tío Chen me dijo que solía visitar esta parte de la isla en busca de inspiración. En ese momento no entendí por qué, pero ahora sí. Este sitio tiene cierta magia. Cuando se trae a alguien aquí para su último descanso, su bastón se planta en el suelo y este acaba creciendo hasta convertirse en un fabuloso árbol. Tras muchas generaciones, todo un bosque ha brotado; la historia completa de los grandes pandaren de la isla.

Incluso mi familia tiene un lugar aquí... Pero preferiría no escribir sobre ello. No visité dicho sitio en ese viaje. Tras mi discusión con papá, lo último que necesitaba era sentir más angustia.

Mientras daba un paseo por uno de los arbustos más viejos de la zona, me crucé con el ancestro Shaopai que encendía incienso en el santuario de su familia. Es un pandaren increíblemente sabio, procedente de la cercana Aldea de Brisa Temprana. El ancestro ha dedicado toda su vida a registrar palabras de sabiduría en beneficio de las futuras generaciones.

Shaopai caminó a mi lado durante un corto espacio de tiempo, y fue señalando los árboles y mencionando a los que allí yacían. Antes de marcharse a su aldea, me dijo:

—Noto que tienes muchas cosas en tu mente, pequeña Cerveza de Trueno. No me corresponde preguntarte por asuntos personales, pero quiero que tengas esto— El ancestro me dio un objeto suave y redondo, un poco mayor que mi zarpa: una piedra de sosiego—. Cuando la losa de la vida sea demasiado pesada, la piedra de sosiego aligerará su carga. Su magia es muy poderosa.

Siempre había pensado que las piedras de sosiego eran baratijas sin ninguna utilidad, pero si un genio como Shaopai creía que funcionaban, para mí era suficiente.

Cuando dejé el bosque, una extraña sensación me invadió por completo, y hasta ahora no he podido quitármela de encima. Estaba agradecida por el regalo de Shaopai y por haber visitado tantos lugares geniales en la isla, pero quería *más*. La Isla Errante es una preciosa tierra encantada, repleta de historia y maravillas. Para mí, sin embargo, es mi hogar. Ya lo he visto todo en ella. Mientras, ahí fuera hay todo un mundo que espera ser explorado, y me temo que jamás podré experimentarlo.

Pasé el resto del día en El Gran Archivo, leyendo de nuevo las cartas del tío Chen. Lo echo de menos. Papá dice que es muy probable que haya perdido la vida en una de sus "locas" aventuras, pero no me lo creo. Sé que aún está ahí fuera, en algún lado, y sé que algún día volverá.

Hasta entonces, todo lo que puedo hacer es mantener viva la filosofía del viajero aquí, en la Gran Tortuga. El tío Chen estaría orgulloso... Y mis ancestros estarían orgullosos. ¡Es como siempre se supuso que debíamos vivir! Tal y como el propio Liu Lang dijo una vez: "Cada horizonte es un cofre del tesoro; cada mapa en blanco, una historia que espera ser contada".

Ojalá mi padre entendiese eso. Da igual lo que diga; sé que un día dejaré mi huella en el mundo.

Y cuando lo haga, puede que el tío Chen esté a mi lado.





## **Capítulo Cinco: El Bosque de Jade**

Han sucedido muchas cosas desde la última vez que escribí en este diario. Para empezar, el tío Chen por fin volvió a su hogar en La Isla Errante. Algo después, nos aventuramos hasta los confines occidentales del mundo, en busca del legendario continente de Pandaria. Casi todo el mundo en la Gran Tortuga creía que había sido destruido hace ya mucho tiempo, a causa de guerras o enfermedades.

Pues bien... *se equivocaban.*

Tras hacer frente a piratas, sobrevivir a una violenta tormenta en medio del mar y sobreponernos a todo tipo de peligros, el tío Chen y yo conseguimos lo imposible: ¡encontrar Pandaria, el hogar perdido de nuestros ancestros!

Pero llegar allí no fue tal y como lo planeamos. Nuestra guía para el viaje fue la Perla de Pandaria, un místico artefacto que me proporcionó visiones sobre cómo ubicar el continente. Ojalá esa perla estúpida nos hubiese avisado de los peligros que nos aguardaban en el viaje.

Sea como sea, lo importante es que llegamos a Pandaria de una sola pieza. Aterrizamos cerca de El Bosque de Jade, una región que se extendía a través de la costa este del continente. La verde vegetación se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista, con densas extensiones de bambú llenas de extrañas plantas y criaturas.

El tío Chen y yo no teníamos ningún mapa, pero eso no suponía un problema. Tras examinar nuestros alrededores, tomamos una dirección al azar y comenzamos nuestro viaje tal y como haría cualquier seguidor de la filosofía del viajero: paso a paso.

No pasó mucho tiempo hasta que la población autóctona salió a nuestro encuentro. Docenas de malvados hombres-lagarto (llamados saurok, como más tarde aprendí) salieron de repente del interior del bosque. Olían como a trozos de cuero viejo empapados en cerveza podrida y puestos a macerar en un barril de pasta de pescado fermentada de la abuela Mei. Y eso es lo mejor que se puede decir de ellos.

Nos ocupamos con rapidez de los cara-cuero (bueno, puede que Chen fuese el que se ocupase de ellos principalmente). El único que nos dio algo de problemas fue su líder, un enorme saurok repleto de cicatrices, pinturas de guerra y más cicatrices. Pero al rato también huía por el bosque, llorando como un bebé.

Encontramos el sucio campamento de los saurok cerca de allí. Estaba lleno de lo que parecía una especie de botín: carros con cereales, verduras y grandes trozos de jade puro. Mientras estábamos echando un vistazo a todos esos objetos, un grupo de pandaren salió sigilosamente de entre la vegetación. ¡Cuando vieron que los saurok se habían ido, se inclinaron y nos alabaron como si fuésemos héroes! Parece ser que los cara-cuero habían sembrado el pánico en la zona, y todos los intentos de acabar con ellos habían fracasado.

Nuestros nuevos fans se quedaron anonadados cuando el tío Chen les dijo que veníamos de La Isla Errante. La gente de Pandaria no había visto a la Gran Tortuga desde hacía siglos, y la mayor parte de ellos pensaba que la isla ya no existía. Me sorprendió ver lo parecidos que son los pandaren que viven en El Bosque de Jade a los que hay en casa. Aparte de algunas diferencias menores, como la forma de vestir, no habían cambiado mucho tras varias generaciones.

Cuando se percataron de que éramos exploradores a la vieja usanza, los pandaren nos hablaron largo y tendido sobre El Bosque de Jade, sus habitantes, y su lugar más importante: el Templo del Dragón de Jade. Además de ser un monumento en honor al legendario emperador pandaren, Shaohao, el increíble templo estaba íntimamente unido al Dragón de Jade, Yu'lon, uno de los cuatro seres celestiales que protegían Pandaria.

Cuando el tío Chen y yo llegamos a los terrenos del templo, había varios trabajadores tallando una inmensa estatua de jade llamada el Corazón del Dragón. Cada cien años, Yu'lon transfiere su esencia vital a la escultura, la cual se convierte entonces en un nuevo ser. Este ciclo de creación de estatuas para que Yu'lon pueda seguir renaciendo ha existido durante varias generaciones, y esos asaltantes saurok lo ponían en peligro al robar el suministro de jade de los trabajadores.

Uno de los cuidadores del templo, el anciano sabio Lluvia-Zhu, se ofreció amablemente a enseñarnos a mí y al tío Chen los alrededores del lugar. Nos llevó al norte, a El Arboretum, un bello rincón y hogar de la Orden del Dragón Nimbo. Este aguerrido grupo tenía a sus espaldas una larga historia de doma, cría y monta de los dragones nimbo de la región, unas majestuosas bestias voladoras que pude ver en el cielo que había sobre el templo.

El anciano Lluvia-Zhu nos dijo que nos procuraría *cualquier cosa* que le pidiésemos, como muestra de agradecimiento por derrotar a los saurok y devolver el jade. Mi primer instinto fue pedirle un dragón (las crías son adorables), pero el tío Chen pensó que eso sería demasiado. Así pues, me conformé con lo siguiente en mi lista: ¡montar en un dragón nimbo!

En casa había volado en una de esas grullas gigantes, e incluso en un zepelín goblin, pero un dragón nimbo es otra cosa. Se elevó hacia el cielo a una velocidad que no había visto jamás en ningún otro artefacto o ser vivo. Desde esa altura, pude ver claramente qué había más allá de El Bosque de Jade. Al oeste: onduladas llanuras y tierras de cultivo. Al noroeste: una cadena de montañas increíblemente altas, con sus picos cubiertos de nieve. Pandaria era *inmensa*. Poseía infinidad de sitios por descubrir. ¡Estaba explorando un continente que ningún otro pandaren de La Isla Errante había visto desde hacía generaciones!

Antes de que mi tío y yo partiésemos en dirección a lo que nos quedaba por ver del bosque, decidimos entregar la Perla de Pandaria a Lluvia-Zhu. Nos había tratado como si fuésemos de la familia, y tras comprobar cómo veneraban los pandaren el templo como centro de sabiduría y comprensión, no se nos ocurría mejor sitio en el que dejar la perla. Fue duro abandonarla, pero ya me había guiado hacia Pandaria. Era el momento de que la perla guiase a alguien más hacia su destino.

Durante las siguientes semanas el tío Chen y yo caminamos... y caminamos... y caminamos. Daba la impresión de que El Bosque de Jade no se acababa nunca, y siempre había algo nuevo y emocionante a la vuelta de la esquina: aislados santuarios pandaren, antiguas ruinas cubiertas por enredaderas, y monasterios enclavados en lo alto de montañas. El único problema es que mi tío se movía a la velocidad de un caracol, deteniéndose cada pocos minutos para sentarse y "disfrutar del paisaje", según decía.

Al final, terminamos por llegar a la frontera de El Bosque de Jade. Más allá estaba el Valle de los Cuatro Vientos, las tierras de cultivo que había visto mientras montaba en el dragón nimbo. En ese momento solo quería explorar cualquier otra cosa que no fuese un bosque, pero nunca me hubiera imaginado lo que nos esperaba a ambos en la siguiente parte de nuestro viaje.

¡Pronto realizaríamos el descubrimiento que trastocaría para siempre nuestros conocimientos sobre la familia Cerveza de Trueno!



## Capítulo Seis: Valle de los Cuatro Vientos

Durante las semanas en las que el tío Chen y yo exploramos El Bosque de Jade, comencé a sentirme como una extraña sin ningún tipo de conexión real con Pandaria. Sí, mis ancestros procedían de estas tierras, pero eso fue hace varias generaciones. Aunque me crucé con unos cuantos hozen (*más grandes y aún más locos* que los que hay en casa), casi todo lo que había en el continente era muy diferente a lo que conocía.

Bueno, eso fue antes de visitar el Valle de los Cuatro Vientos. Era como un hogar fuera de casa, solo que a una escala *mucho* mayor. El valle, considerado el granero de Pandaria, estaba cubierto de enormes extensiones de tierra cultivable que hacían que El Labrantío de La Isla Errante pareciese un minúsculo jardín. Seguro que una cosecha de las tierras del valle podría alimentar a todos los pandaren de la Aldea Mandori durante toda una vida, incluso a los rellenitos como el tío Chen.

Podría llenar todo este diario con las cosas increíbles que vi en el valle, desde las atronadoras Cataratas Huangtze hasta las mágicas Pozas de la Pureza. Pero no era lo *nuevo* lo que realmente me llamaba la atención, sino lo *familiar*, lo que nunca me esperé encontrar en un sitio tan lejos de mi hogar.

Estos descubrimientos comenzaron cuando el tío Chen y yo estábamos explorando el valle junto a héroes de otras tierras de Azeroth, viajeros como nosotros. Encontrarnos con forasteros no fue una sorpresa tan grande. Mi tío me dijo que se había cruzado con un par de miembros de la Horda y de la Alianza unas cuantas semanas antes (yo estaba dormida en ese momento). Parece ser que las dos facciones habían llegado a El Bosque de Jade y habían provocado todo tipo de problemas. Incluso habían arrastrado a varios miembros de la población local a su conflicto, como a los hozen y a unas criaturas similares a peces llamados jinyu. Afortunadamente, el tío Chen y yo estábamos en el interior del bosque mientras todo eso sucedía.

No mucho después de entrar en el valle, nos encontramos con un amistoso pandaren de nombre Caolín, quien fabricaba su propia cerveza con agua turbia. Era un tanto extraño, pero el grandullón me cayó bien. De repente, nos habló sobre la Cervecería del Trueno que se encontraba en la zona. El tío Chen y yo no nos lo podíamos creer. Teníamos primos vivitos y coleando en Pandaria... ¡Y una cervecería! La noticia consiguió que, por primera vez en semanas, Chen se moviese a un ritmo más rápido que un par de pasos por hora.

Desgraciadamente, la cervecería era un completo desastre. Los mures (iguales a los que hay en La Isla Errante) habían infestado los almacenes de cereales y arroz. Los hozes se habían hecho con partes del edificio y se habían vuelto completamente tarumba. ¡Y lo que es peor, el Cerveza de Trueno que estaba a cargo de la cervecería, el tío Gao, ni siquiera quería aceptar nuestra ayuda! Lo que Chen y yo teníamos claro es que no íbamos a dejar que el mayor descubrimiento de la historia de nuestra familia cayese en la ruina únicamente por culpa de un familiar cascarrabias.

Al final conseguimos acabar con las plagas de la cervecería (algo que no podríamos haber hecho sin la ayuda de nuestros compañeros recién llegados del exterior). Una vez controlamos la situación, Gao se abrió a hablar con el tío Chen y conmigo. Normalmente muchos otros Cerveza de Trueno vivían y trabajaban en la cervecería, pero todos se habían ido al oeste, a luchar contra un pueblo de antiguos insectos conocidos como los mántides. Gao se había quedado para cuidar de la cervecería. Supongo que sufría una gran presión por estar a la altura de su apellido, porque sus esfuerzos habían culminado en la creación de varias cervezas bastante inestables... de las que cobran vida e intentan matarte.

Gao no sabía cuándo volverían los otros Cerveza de Trueno, pero nos habló de ellos. También nos habló de la historia de nuestra familia en el valle, y hasta dónde se remontaba. Justo a las afueras de la cervecería, nos enseñó un antiguo santuario dedicado a la viuda Mab Cerveza de Trueno y a su hijo, Liao. Yo había oído hablar de ellos a través de mi padre. Después de que el marido de Mab muriese en un trágico accidente de prensado de uva, ella se llevó a Liao y comenzó una nueva vida en La Isla Errante.

Además de la familia Cerveza de Trueno, había aún mayores nexos entre el valle y mi hogar. Gao afirmó que Liu Lang, fundador de La Isla Errante, había nacido y se había criado cerca de la cervecería. ¡Quién se lo iba a imaginar! Su lugar de nacimiento, en las proximidades de una aldea llamada Villarroca, estaba cerca del extremo occidental del valle.

Todos los días aprendía cosas nuevas sobre la región y mis familiares lejanos. Las cosas iban bien, hasta que de repente llegaron malas noticias...

Algo *grande* estaba ocurriendo lejos, al oeste, en una enorme muralla llamada el Espinazo del Dragón. Hace muchos años, los mogu, enormes bestias que gobernaron Pandaria hasta que mis antepasados les dieron una buena zurra, habían construido la barrera para protegerse de sus archienemigos: los mántides. Ahora los pandaren vigilaban el Espinazo del Dragón, pero hacía poco que los insectoides habían conseguido romper sus defensas y habían comenzado a invadir el asentamiento más cercano: ¡Villarroca!

El tío Chen y yo nos unimos a un gran grupo de pandaren que se habían reunido en Villarroca para rechazar a los invasores. Acabamos con los mántides, pero tenía la sensación de que aquel no era más que uno de los ataques que se avecinaban. Los habitantes de la zona cuchicheaban sobre alguna otra fuerza responsable del ataque, un poder oscuro y misterioso conocido como el sha. Pensar que un mal semejante existía en Pandaria hizo que un escalofrío me recorriese la espalda.

El ambiente se calmó tras el ataque. El tío Chen y el tío Gao pasaron días enteros en la cervecería, discutiendo sobre recetas y probando nuevas cervezas. No me parecía mal. Chen me había estado retrasando desde que llegamos a Pandaria. Tenía ganas de explorar cosas por mi cuenta, y sabía cuál era el lugar perfecto que visitar: la Espesura Krasarang. ¡Ese era el lugar desde el que Liu Lang había salido de Pandaria a lomos de Shen-zin Su, la tortuga marina que se acabaría convirtiendo en La Isla Errante!

Me informé sobre Krasarang a través de uno de los granjeros del valle. Me avisó de que el sitio era *muy* peligroso, pero eso hacía que tuviese aún más ganas de ir a verlo. Así pues, reuní varios suministros y escribí una nota al tío Chen, diciéndole hacia dónde me dirigía. Estaba tan ensimismado con el lúpulo y la cebada que estaba segura de que volvería antes de que me echase de menos.

Por fin era libre; iba a abrirme camino por mí misma. Siguiente parada: ¡La Espesura Krasarang y el lugar de nacimiento de La Isla Errante!





## **Capítulo Siete: La Espesura Krasarang**

Incluso sin el tío Chen cerca para ayudarme, encontrar la Espesura Krasarang fue sencillo... Aunque tuve que esforzarme de lo lindo para atravesar el sombrío pantano de la costa. Aquello fue todo un desafío. La densa cubierta forestal impedía el paso del sol, haciendo casi imposible saber en qué dirección iba. Cuando no estaba tropezándome con raíces anudadas, me enmarañaba en las grandes y estúpidas enredaderas que colgaban de los árboles. Y todo eso sin hablar de la fauna salvaje... Saurok, gigantes avispas siseantes y otros tipos de criaturas furiosas lo infestaban todo.

¡Era tan emocionante como me imaginaba!

Sin embargo, me preocupaba que no pudiese encontrar el lugar del que había partido Liu Lang a lomos de Shen-zin Su. Tras haber estado buscando durante días por tierras salvajes sin rastro alguno, me crucé con un pescador llamado Ryshan, el primer pandaren que veía en bastante tiempo. Acababa de entregar un cargamento de pescado en la Atalaya de Zhu, un puesto de avanzada en la parte nordeste de Krasarang, construido para evitar que monstruos como los saurok atacasen a los viajeros que se dirigían a la costa.

Debe ser difícil hacer amigos en Krasarang, porque Ryshan me trató como si fuese de la familia desde el primer momento. Cuando le expliqué qué estaba haciendo en esa selva, me dijo que el sitio desde el cual Liu Lang abandonó Pandaria estaba muy cerca de su aldea, el Muelle de los Pescadores. Su amabilidad fue tal que me llegó a invitar a su poblado para conseguir suministros antes de emprender el viaje. Por fin la suerte me acompañaba.

De camino a la aldea, Ryshan me habló sobre la historia de Krasarang. Pocos pandaren pisaban esos bosques. —Únicamente pescadores y locos, si es que hay alguna diferencia entre ellos — dijo, mostrándose orgulloso. Atravesamos un puñado de antiguas ruinas desmoronándose que, según me contó, otrora pertenecieron a los mogu. Antes de que su imperio cayese, hace mucho, varias de esas enormes bestias habían estado viviendo en Krasarang. Más recientemente, los mogu habían vuelto para reclamar sus antiguos territorios, pero héroes como los que nos habían ayudado al tío Chen y a mí en la cervecería de la familia los detuvieron.

Ya casi estaba anocheciendo cuando llegamos al Muelle de los Pescadores. La pequeña y destartalada aldea había sido construida justo al otro lado de la orilla de Krasarang, lo que quería decir que Ryshan y yo teníamos que coger una barca para llegar allí. No parece gran

cosa, ¿no? Bueno, pues justo después de empezar el viaje, el pescador, sin aviso alguno, comenzó gritar como un loco, poniéndose de pie y lanzando por los aires uno de los remos de la barca. ¿Qué podría poner tan nervioso a un fuerte pescador como él? ¿Crocoliscos? ¿Algún saurok? Ya estaba temiendo por mi vida, cuando vi lo que le había asustado: un bandipache.

Esos pequeños y peludos animalillos son expertos ladrones, y les encanta un buen tentempié de pescado. Dicho de otro modo: son la maldición de los pescadores. El bandipache que había en nuestro bote era realmente feroz. No se echó atrás cuando Ryshan comenzó a golpear el barco con el remo. De hecho, la alimaña contraatacó, siseando y atacando al pescador con sus garras.

Los bandipaches generalmente se quedan en el Valle de los Cuatro Vientos, pero este había hecho todo el viaje hasta Krasarang. Tranquicé a Ryshan prometiéndole que me ocuparía de esa bola de pelo y conseguiría que no pusiese sus zarpas sobre ningún pez. Era lo mínimo que podía hacer. Después de todo, ese bandipache era un compañero explorador. De manera un tanto extraña, aquella alimaña me recordaba a mi hermano mayor, Shisai. Puede que fuese por su cara rechoncha y sus peludas orejas. O puede que fuese por el modo en el que cogía restos de comida y se los comía, sin importarle la asquerosa imagen que daba a los demás. Fuese por lo que fuese, decidí que el bandipache tendría el mismo nombre que mi hermano. Por difícil que me resultase creerlo, sí que echaba de menos a Shisai. Bueno... puede que solo un poco.

En el Muelle de los Pescadores, Ryshan y sus compañeros asaron varias de las capturas del día y me contaron sus mejores historias de pesca. Cuando dije que venía de la Isla Errante se lo tomaron como un desafío para contar mejores historias, y comenzaron a inventarse un cuento sobre un bebé kraken que habían criado años atrás.

*Solo pescadores y locos. Sí. Tenía toda la razón.*

Una de las cosas más interesantes de las que hablaron los pescadores fue el Templo de la Grulla Roja. El enorme complejo, situado en la parte central de Krasarang, fue construido en honor al celestial Chi-Ji, conocido como la Grulla Roja. Ryshan mencionó que esta poderosa y benevolente criatura también recibía el nombre de espíritu de la esperanza. Hace no mucho, algo peligroso se había escapado de las profundidades del templo de la Grulla Roja: los *sha*. Esas extrañas maldades fueron después derrotadas, pero no antes de que una sombra de desesperanza se hubiese cernido por toda la selva.

Había escuchado algo acerca de los sha durante el ataque de los mántides en Villarroca, en el Valle de los Cuatro Vientos. ¿Por qué estaban apareciendo de repente esos extraños seres por

todos lados? ¿Estaba sucediendo en *toda* Pandaria? El mero hecho de pensar en los sha hacía que mi vello se erizase. Esa noche me costó conciliar el sueño.

A la mañana siguiente me estaba preparando para proseguir mi búsqueda del lugar de origen de la Isla Errante, ¡cuando un enorme globo aerostático aterrizó en el Muelle de los Pescadores! El piloto, un pandaren de voz suave llamado Shin Nube Susurrante, venía de la región norteña de la Cima Kun-Lai para recoger un cargamento de pescado. Al parecer iba a realizar una entrega en un lugar sagrado en lo alto de las montañas: el Templo del Tigre Blanco. El pescado de Krasarang debe ser de lo mejor de Pandaria; de no ser así, ¿por qué iría Shin tan al sur?

Cuanto más hablaba Shin sobre Kun-Lai, más ganas tenía de ir a verlo. El piloto del globo dijo que podía ir con él a condición de que le ayudase a cargar el pescado. ¿Cómo iba a decir que no? Vale, todavía no había encontrado el lugar en el que Liu Lang y la Gran Tortuga habían comenzado su viaje a través del mar, pero al menos había averiguado la zona en la que estaba. El tío Chen y yo siempre podíamos volver en algún otro momento. ¿Pero cuándo podría volver a tener la oportunidad de ir a Kun-Lai? Con mi tío enfrascado en la cervecería, podrían pasar semanas, o *incluso* meses, antes de visitar por fin los recónditos rincones de Pandaria. O puede que jamás lo hiciéramos. Me imaginé al tío Chen sentado en la cervecería, bebiendo barril tras barril de cerveza y poniéndose más gordo que el globo de Shin... ¡O tan gordo como para que no pudiese salir por la puerta!

Solo podía hacer una cosa: me arremangué, contuve la respiración y comencé a cargar barriles de pescado en el gran cesto que colgaba del globo. Es probable que oliese como un verdadero pescador después de terminar el trabajo, pero era un pequeño precio por conseguir un viaje gratis a un sitio tan misterioso y emocionante como Kun-Lai.

Tras despedirme de los pescadores, metí a Shisai en el petate y subí a bordo del globo de Shin. Poco después ya estábamos elevándonos sobre la Espesura Krasarang, ¡más, y más, y más alto! El viento nos llevó hacia el norte, por encima de El Bosque de Jade, y después hacia las majestuosas montañas de Kun-Lai. A través de los claros en las blancas y esponjosas nubes comencé a distinguir nuestro destino.

Cuando le dije a Shin lo precioso que parecía Kun-Lai desde lejos, se puso triste. —Es curioso cómo todo parece tan perfecto desde el cielo —dijo—. Kun-Lai, como bien afirmas, es un lugar maravilloso. Pero hoy en día no todo va bien por allí. Una tormenta se acerca a la zona, muchacha.

Shin comenzó a contarme que la guerra había llegado a ciertas partes de Kun-Lai. Me dijo que no tenía por qué preocuparme: la zona a la que me llevaba era segura, pero aun así me pregunté si había sido una buena idea ir con él.

Entonces me acordé de que el tío Chen y todos los grandes exploradores tienen que viajar a lugares peligrosos *además de a* los tranquilos. Todo eso era parte de ser un errante. Respiré hondo y miré hacia delante, preparada para enfrentarme a *cualquier* desafío que me estuviese esperando en las nevadas montañas de la Cima Kun-Lai!



## Capítulo Ocho: La Cima Kun-Lai

Yo creía que El Bosque de Jade era una extensión de terreno inmensa, pero ni comparación con la Cima Kun-Lai. Las montañas eran tan altas que incluso estando en el globo, bien arriba, tenía que estirar el cuello para ver dónde se desvanecían las nevadas laderas por encima de las nubes.

Nuestro destino, el Templo del Tigre Blanco, se encontraba resguardado en la parte noreste de Kun-Lai. Al igual que los templos de El Bosque de Jade y la Espesura Krasarang, estaba dedicado a uno de los legendarios Celestiales de Pandaria. En este caso se trataba de Xuen, el Tigre Blanco. El piloto del globo, Shin, también se refería a aquel ser como el espíritu de la fuerza, que parecía el rasgo perfecto que convenía tener en lo alto de aquellas inhóspitas montañas.

Los terrenos del templo estaban helados cuando llegamos. Para cuando habíamos descargado todos los barriles de pescado tenía las zarpas entumecidas. Ni siquiera mi bandipache, Shisai, podía escapar al frío. Estaba cubierto de escarcha de la cabeza a la cola, y los bigotes se le habían convertido en carámbanos. Me habría sentido mal por el pequeñín si no hubiera estado tan gruñón últimamente. La noche anterior, ¡intentó morderme cuando lo pillé robando pescado de los barriles!

Algo le ocurría, pero no sabía qué... Aún.

Tras realizar la entrega, volvimos a elevarnos y nos dirigimos hacia las rocosas estepas de las tierras altas del sur de Kun-Lai. Allí era donde vivía la mayoría de las gentes de la región. Aparte de cabañas hozen y aldeas pandaren, vi un asentamiento jinyu a la orilla de un lago llamado Presa Branquias de Tinta. Tenía esperanzas de aprender muchas cosas sobre la cultura ancestral y la rica historia de aquella raza anfibia. Y lo que es más importante, quería saber cómo hacían para meter pececillos en burbujas y hacerlos flotar por el aire.

Pero no llegué a tener la oportunidad de explorar Branquias de Tinta. De hecho, no pude disfrutar de *ninguna* de las asombrosas vistas de Kun-Lai. A cada segundo que pasaba, Shisai se volvía más peligroso e imprevisible.

—Está enfadado —me explicó Shin al fijarse en el comportamiento del bandipache—. Pero no es culpa suya... —El pandaren me dijo entonces que uno de los sha, un ser que era pura ira, había escapado de su prisión en lo alto de las montañas. Estaba aterrorizando las estepas, provocando brotes de violencia entre la gente que vivía por la zona.

Para empeorar las cosas, una raza de nómadas greñudos con cara de yak llamados yaungol se había adentrado en la región por el oeste. Los muy cretinos se comportaban como si fueran dueños y señores del lugar, incendiando los asentamientos que encontraban a su paso. Shin ignoraba si la súbita aparición de los yaungol tenía algo que ver con el sha, pero aquellos brutos no ayudaban a hacer de Kun-Lai un lugar más seguro.

Aunque no podíamos hacer nada respecto al sha o los yaungol, sí podíamos ayudar a mi bandipache. Shin dijo conocer a la persona idónea para curar los problemas de ira de Shisai: Valiente Yon.

Yon vivía en una pequeña cueva en lo alto de la Cumbre Kota, una montaña remota en el sudoeste de Kun-Lai. Era un pandaren excéntrico, famoso por su habilidad para domar animales salvajes y entrenarlos para la lucha. Por suerte Shin era un viejo amigo de Yon, por lo que el domador nos recibió en su casa y accedió a ayudar a Shisai. Con mucho cuidado, inspeccionó al malhumorado bandipache. De vez en cuando, Yon se volvía hacia las mascotas que tenía en la cueva y les hacía alguna pregunta o murmuraba algo entre dientes. Pero lo que de verdad me puso el pelaje de punta eran los extraños jerseys, botas y bufandas que colgaban de las paredes. Era evidente que estaban hechos para que se ajustaran a distintos tipos de animales. Incluso cada prenda tenía bordado el nombre de una de las mascotas de Yon.

—Ríete si quieres —dijo el domador a la defensiva cuando me sorprendió contemplando la ropa—. Pero aquí arriba, con el frío que hace, es importante que las mascotas se mantengan calientes. Les podría dar un tirón, ¿sabes?

Ya... Yon estaba algo chiflado, pero me cayó bien. Me recordaba a los monjes maestros de La Isla Errante, que se pasaban toda la vida estudiando las artes que habían elegido. Solo que en vez de alcanzar el equilibrio interior, Yon hacía pelearse a conejitos y crías de crocolisco. Lo cual también tenía su gracia.

Durante el día siguiente, Yon me enseñó formas de tratar con Shisai y de "canalizar su ira". Comprendí que lo que quería decirme con eso era que enseñara al bandipache a luchar con otros animales. Nunca imaginé que mi desmelenada bolita de pelo pudiera ser capaz de usar tácticas en una pelea, ¡pero resultó que no se le daba nada mal!

Shisai era de hecho capaz de plantar cara a las aguerridas mascotas de Yon (gracias a *mi* preparación estratégica, por supuesto). Es más, combatir calmaba *realmente* a Shisai. En los periodos en los que no estaba dando de mamporros a sus oponentes volvía a ser el de siempre, aunque con algunas cicatrices más.



A la mañana siguiente me fui de la Cumbre Kota con Shin y Shisai. Antes de partir, Yon me dio una bolsa con viejos suministros para mascotas: mordedores para que Shisai se calmara si se ponía refunfuñón, golosinas y muchas otras cosas. El domador no me pidió pago alguno en ningún momento. Es algo que me hizo respetarlo mucho. Había ayudado a Shisai por lo mucho que le gustaba domar bestias salvajes. Y, bueno, quizá también tuvo que ver el hecho de que supiera que yo no tenía nada de dinero.

Shin llevaba el globo hacia el este mientras discutíamos sobre dónde me dejaría. En medio de la conversación, algo en tierra me llamó la atención. Docenas y docenas de pandaren cruzaban una gigantesca puerta en la frontera sur de Kun-Lai.

Shin la llamó la Puerta de los Augustos Celestiales. Que estuviera abierta lo dejó atónito. Al parecer, la barrera llevaba cerrada miles de años. Más allá del muro se extendía un lugar envuelto desde hacía muchísimo tiempo en el mito y la leyenda: el Valle de la Flor Eterna. Era una tierra que *muy* poca gente había pisado vez alguna.

Dicho de otro modo, el valle era un sueño hecho realidad para un explorador, y supe que allí era adonde *tenía* que ir a continuación.



## Capítulo Nueve: El Valle de la Flor Eterna

El Valle de la Flor Eterna era como un pequeño mundo aparte en medio de Pandaria. Una brisa cálida y balsámica bañaba sus colinas de hierba dorada. De los árboles llovían hojas y flores, impregnando el aire con un dulce aroma. En vez de quedar secas y crujientes como las hojas y los pétalos normales, cuanto allí caía se mantenía fresco y tierno durante días.

Mucho de lo que allí veía parecía encajar con las leyendas que me habían llegado acerca del valle. Los cachorros de toda Pandaria crecían oyendo historias sobre aquel lugar. Uno de los mitos más populares era que la región albergaba unas cuantas pozas mágicas. ¡Había gente que decía incluso que las aguas podían obrar milagros! El valle tenía indudablemente algo especial, y yo no era la única que quería comprobar si los relatos sobre la región eran ciertos.

Docenas de refugiados pandaren acudían al valle dorado. Casi todos ellos habían sido desterrados de la Cima Kun-Lai tras quedar sus hogares destruidos por los yaungol. La pobre gente traía todo aquello con lo que había podido cargar, lo que en la mayoría de casos se reducía a la ropa que llevaban a cuestas. Con suerte tenían también uno o dos yaks, algunas reliquias familiares y comida suficiente para tal vez un par de días.

Me uní a dos refugiados: un pandaren llamado Buwei y su hijo, el pequeño Fu, que viajaban solos. Ambos estaban muy callados hasta que saqué a relucir el viejo talismán de los Cerveza de Trueno y pude saber más sobre ellos. Por lo visto Buwei y su cachorro lo habían perdido *todo* en un ataque yaungol en Kun-Lai... incluso al resto de su familia. Ahora padre e hijo se dirigían a la Aldea Bruma Otoñal, un lugar del valle que se había convertido en un refugio para muchos de los pandaren de Kun-Lai.

Como todos los refugiados, Buwei y el pequeño Fu creían que encontrarían la paz en el valle. ¿Y quién podía culparlos? Hasta hacía solo unos días, el valle había estado aislado de otras zonas de Pandaria durante miles de años. Durante todo ese tiempo había estado custodiado por los grandes Celestiales. Aquellos seres legendarios seleccionaron cuidadosamente a unos guardianes especiales, el Loto Dorado, para que los ayudaran a vigilar el valle. Los pandaren a los que conocía me decían que era un gran honor ser elegido como miembro de la orden sagrada, pero todo aquello me resultaba un tanto extraño. No me entraba en la cabeza que una criatura divina se presentara un día y me pidiera que abandonara a mi familia y mis amigos para pasar la vida en un valle secreto.

Dejando todo eso a un lado, comprendía por qué los refugiados venían al valle. Con los Celestiales y el Loto Dorado cerca, se trataba probablemente del lugar más seguro de Pandaria.

Por lo menos *solía* serlo.

Buwei me dijo que antaño el valle había sido el centro del imperio mogu. Recientemente, los muy canallas habían encontrado la forma de regresar al valle y pretendían recuperar su antiguo territorio. Resultaba difícil creer que los mogu hubieran gobernado alguna vez un sitio tan hermoso como el valle, ¡pero había estatuas de ellos por todas partes!

A pesar de las noticias sobre los mogu, Buwei y el pequeño Fu se fueron animando con el paso de los días. Me gustaría atribuirme el mérito, pero ese honor recayó en mi bandipache, Shisai. Aquella bolita de pelo había superado prácticamente sus problemas de ira en cuanto salimos de Kun-Lai. Pero, por si acaso, enseñé a los dos refugiados cómo calmarlo con golosinas y mordedores si se ponía un poco arisco. Buwei y su hijo jugaban muy a menudo con el bandipache. Su presencia debía de distraerlos de todo lo que habían perdido, sobre todo para el pequeño Fu. Las únicas veces que sonreía era cuando sujetaba a Shisai. El cachorro no tardó en convertirse en un experto en lo referente al cuidado de la criatura.

Cuando al fin llegamos a la Aldea Bruma Otoñal me sorprendió lo grande y bulliciosa que era. Las calles de piedra de la aldea se veían antiguas y gastadas, pero muchos de los edificios parecían nuevos. Buwei dijo que antes Bruma Otoñal era más pequeña, solo unas cuantas construcciones aquí y allá ocupadas por el Loto Dorado, pero que con la primera oleada de pandaren de Kun-Lai el lugar se había expandido rápidamente.

Los refugiados no habían tardado en sentirse como en casa. Los sonidos de los pandaren charlando, riendo y cantando llenaban cada rincón de la aldea. La mayoría de las carretas que trajeron fueron desmontadas y transformadas en improvisadas mesas y tenderetes. Las sobras se usaron como leña para cocinar grandes ollas hirvientes de pescado al curry verde o para asar pinchos de gallina al cacahuete. De vez en cuando veía duendes como los de la Isla Errante asomándose en los tejados. Aquellos traviosos pequeñuelos observaban las actividades de los refugiados y se esfumaban al ser descubiertos.

La visita a Bruma Otoñal estuvo genial, pero seguía queriendo explorar el resto del valle. Me fui a primera hora de la mañana siguiente. Buwei dormía, y el pequeño Fu también. El cachorro sonreía, abrazado fuertemente a Shisai. Pensaba llevarme conmigo al bandipache, pero, tras ver lo feliz que había hecho al hijo de Buwei, ¿cómo habría podido? Después de todo por lo que había pasado el pequeño Fu, se merecía a Shisai. Además, comenzaba a cansarme de encontrar

cada día pelo del bandipache en la ropa, en la comida y en el té. Por lo menos... eso fue lo que me dije para no lloriquear como un bebé mientras escribía una nota de despedida para padre e hijo. Luego abandoné la aldea.

Justo después de salir el sol, alguien, o *algo*, comenzó a seguirme por el valle. Lo notaba como algo instintivo, pero lo que acabó de ponerme sobre aviso fue el extraño hedor que flotaba en el aire cual incienso. Me recordaba a Ryshan y a los otros pescadores de la Espesura Krasarang: una mezcla de piel sudorosa y entrañas de pescado. Me guié por el olor y sorprendí a mi acosador oculto detrás de una gran roca. Al principio creí que se trataba de mi abuela Mei, pero tras fijarme bien me di cuenta de que aquella cosa no era tan peluda como ella. Ni mucho menos.

Era un grúmel. Había visto a esas extrañas criaturas en Kun-Lai, pero nunca había estado cerca de una. Eran expertos alpinistas y rastreadores, con un olfato increíble. Aquellas montañas hostiles los habían vuelto bastante supersticiosos, y solían llevar unos amuletos (como monedas o patas de conejo) llamados grisgrís. Los grúmel se ponían incluso el nombre de su grisgrís favorito, lo cual en el caso de mi nuevo amigo explicaba la pestilencia...

—¡Mensajero Cola de Pez a tu servicio! —dijo el grúmel—. Chen Cerveza de Trueno me envió en tu busca, pero ha sido muy difícil. Te seguí durante muchos días para asegurarme de que *tú* eras *tú*. No atufas lo suficiente. Necesitas un grisgrís mejor.

—O podrías haberme preguntado quién era —contesté.

—Un grúmel siempre se fía de su nariz por encima de cualquier otra cosa.

Me entregó un pergamino escrito por el tío Chen. Entre las manchas de cerveza y las migas de tofu picante que salpicaban el papiro me enteré de que finalmente se había puesto en marcha y había salido de la cervecería. Y no solo eso: había encontrado a *otros* Cerveza de Trueno en el Jardín de la Cebada Crepuscular, alguna especie de asentamiento en una región a la que llamaba enigmáticamente el Desierto del Pavor. Me dijo que fuera a su encuentro en una de las torres de vigilancia del Espinazo del Dragón, la gran muralla que se extendía por toda la parte occidental de Pandaria.

*Y Li Li, ponía el tío Chen al final de la carta, pase lo que pase, ¡no vayas al otro lado de la muralla! Aquello es extremadamente peligroso. Tú no te muevas de la torre de vigilancia en cuanto llegues allí.*

El hecho de que no mencionara que me había ido sin su permiso me puso nerviosa. Algo grave estaba ocurriendo en el Desierto del Pavor para que pasara eso por alto. Por más que lamentara abandonar el valle, sabía que el tío Chen me necesitaba. Y, en fin, la verdad es que tenía *muchas* ganas de caminar por la muralla.

—¡Vamos, vamos! —El mensajero Cola de Pez señaló al oeste, donde el Espinazo del Dragón bordeaba el valle—. Yo te conduciré a la muralla, pero debemos darnos prisa. Soplan vientos del este. ¡Eso significa buena suerte y viajes seguros!

Incluso desde lejos, el Espinazo del Dragón resultaba *enorme*. La primera vez que vi la barrera fue en el Valle de los Cuatro Vientos. Desde aquel instante había tenido la esperanza de contemplar algún día toda Pandaria desde ahí arriba.

Bueno, pues aquel día había llegado al fin.



## **Capítulo Diez: Las Estepas de Tong Long**

Una vez oí la leyenda de que el Espinazo del Dragón estaba hecho con billones de piedras.

*Sí. Billones.*

En aquel momento creí que no eran más que habladurías. Pero cuando finalmente estuve en la gran muralla y vi lo grande que era, comencé a creerme la historia. El Espinazo del Dragón se extendía al sur como una gigantesca y sinuosa serpiente, tan lejos que no se veía dónde terminaba. La parte superior era lo suficientemente ancha como para llevar unas cuantas carretas una junto a otra y que aún quedara sitio para que un pandaren obeso como el tío Chen pudiera pasar entre ellas. Algunas partes de la barrera estaban recién reconstruidas, con las piedras planas y cortadas de forma precisa. Otras zonas eran abruptas y escabrosas, desgastadas por los elementos y profusas en boquetes de antiguas batallas.

Estar en el Espinazo del Dragón era un sueño hecho realidad, sobre todo después del tiempo que tardé en llegar allí. Siguiendo las detalladas instrucciones del tío Chen, el mensajero grúmel Cola de Pez me había conducido a una de las torres de vigilancia en un lugar apartado de Kun-Lai. En cuanto llegamos al fin, comprendí por qué habíamos dado un rodeo tan grande.

El tío Chen se encargó de que un escolta me recibiera allí... ¡Un miembro del Shadopan!

Se llamaba Min. Durante generaciones, su misteriosa orden había vigilado el Espinazo del Dragón, protegiendo a Pandaria de amenazas como los mántides. Iba vestido como casi todos los Shadopan que había visto: una armadura ligera, con un sombrero ancho calado sobre los ojos y la cara envuelta en un pañuelo. No era muy hablador, pero lo poco que me contó era bastante interesante. Min dijo que cada piedra de la muralla tenía su historia: relatos acerca de dónde habían rechazado los guardianes Shadopan a los atacantes, sacrificando a veces sus propias vidas en cumplimiento de su deber sagrado.

Mientras nos dirigíamos al sur comenzó a llover. En lugar de formar grandes charcos, el agua se escurría por las hendiduras de la mampostería y salía en cascada por los laterales del muro como miles de minúsculas cataratas. Estaba admirando la arquitectura de la barricada cuando reparé en algo extraño acerca de Min. Parecía tener siempre la vista fija al oeste, como si para él fuera algo natural. El territorio que había en aquella dirección era conocido como las Estepas de Tong Long, un lugar de verdes colinas abiertas y afloramientos rocosos. Aquí y allá, enormes



árboles llamados kypari se alzaban majestuosos. Algunos parecían tan altos como el Espinazo del Dragón.

Tong Long era una tierra áspera habitada por gente áspera: los yaungol. Min me contó que antaño podías mirar desde la muralla y ver ingentes grupos de esos nómadas greñudos deambulando por las colinas. Ahora la zona parecía abandonada. En el aire había buitres sobrevolando los restos humeantes de los campamentos yaungol.

La guerra se fue como había venido en Tong Long. Todo empezó cuando los mántides invadieron la región, haciendo que los yaungol huyeran a Kun-Lai y comenzaran a destruir las aldeas pandaren. Los sha también habían influido en aquellos brutos, haciéndolos más violentos de lo habitual. Al final, los pandaren y sus aliados derrotaron a los yaungol.

—No siento odio por los yaungol —dijo Min—. Los Shadopan solo hacemos lo que debemos para proteger Pandaria. Las emociones no tienen lugar en nuestras acciones. Nos entrenamos para controlar nuestros sentimientos con el fin de no ser controlados por ellos. Pero ánimo, pequeña. Esos nómadas son supervivientes. Su cultura sobrevivirá. Es más, espero que aprendan de lo sucedido.

Min no dijo nada más durante el resto de nuestro viaje, lo cual ya me iba bien, puesto que tenía mucho en lo que pensar. Había deseado que los yaungol fueran castigados por sus terribles actos en Kun-Lai, pero después de lo que había visto en Tong Long no sabía qué pensar. ¿Debía alegrarme o sentir pena?

Para cuando llegamos a la torre de vigilancia en la que se suponía que el tío Chen nos esperaba, ya había escampado y las nubes se habían abierto. La mejora del tiempo me puso de mejor humor... hasta que me di cuenta de que mi tío no estaba allí. Los guardias del Shadopan que solían estar de vigilancia en la torre también habían desaparecido.

Antes de que pudiera preguntar a Min dónde estaba todo el mundo, los mántides atacaron.

Los bichos nos estaban esperando, aferrados a la parte exterior del Espinazo del Dragón. Aparecieron de repente a docenas saltando el borde y nos rodearon. Se agruparon al norte, al sur y al este, cortándonos la retirada y obligándonos a Min y a mí a ir hacia el extremo del muro que daba a Tong Long. Ya me había enfrentado a los mántides en el Valle de los Cuatro Vientos, pero no por ello me resultaban más agradables de ver. Sus extrañas antenas, mandíbulas y alas como de pergamino me pusieron la piel de gallina.

Min atravesó a algunos de los bichos con su lanza. Asestaba golpes, los bloqueaba y esquivaba como si supiera lo que los mántides iban a hacer antes de que lo hicieran. Me abalancé a ayudar, pero él me detuvo.

—Tenemos alijos de suministros secretos cerca de las torres de vigilancia —dijo calmadamente mientras hacía girar su lanza y rechazaba a un grupo de mántides que intentaban flanquearlo—. Busca una piedra que tiene grabado un tigre rugiente. Es el emblema del Shadopan. Desplázala y coge la cuerda que hay dentro.

Encontré uno de esos bloques cerca de sus pies y lo levanté con mi vara. Debajo de la piedra había una amplia cámara llena de bolsas de alimentos secos y una cuerda gruesa. Mientras Min mantenía a raya a los mántides, me ordenó atársela a la cintura y lanzar luego el otro cabo por encima de la muralla.

Tras eso, me dijo que me descolgara por ella.

Estaba algo aterrada. Una cosa era bajar por el colosal Espinazo del Dragón, pero hacerlo mientras quien me sostenía luchaba contra un pequeño ejército de mántides era muy distinto. Y por otra parte, ¿qué me encontraría al llegar abajo? Recordé el críptico mensaje que el tío Chen me había escrito: *Y Li Li, pase lo que pase, ¡no vayas al otro lado de la muralla! Aquello es extremadamente peligroso.*

Pero más que nada, dejar ahí a Min no estaba bien. Aunque ¿qué otra cosa podía yo hacer? Él era un Shadopan y un monje del rango más alto. Sabía lo que se hacía, y si quería ganarme su respeto tenía que hacer lo que me dijera.

Así pues, me descolgué. Durante todo mi descenso se oía el choque de la lanza de Min contra las espadas y las armaduras de los mántides. Tenía la esperanza de que se asomara y me dijera que la batalla había concluido, pero no fue así.

Cuando ya me acercaba al suelo, la cuerda se aflojó de pronto. Alguien la había cortado. Me precipité y caí en un arbusto espinoso junto al Espinazo del Dragón. Me quedé ahí sin moverme, temiéndome lo peor. Solté un suspiro de alivio cuando Min se asomó al fin y se puso a gritar.

La distancia entre ambos hacía casi imposible oír lo que decía. Por lo que pude entender, había matado a los mántides, pero el último había cortado la soga. Min no paraba de señalar al sur y agitar los brazos como si intentara explicarme alguna otra cosa. Era un monje excepcional (uno

de los mejores que había visto), pero gesticulando era un negado. Lo único que sabía era que quedarme ahí era mala idea. Cortada la cuerda, no había forma de volver a escalar la muralla. Si los mántides habían atacado allí, probablemente habría más bichos merodeando, a la espera de tender otra emboscada.

Tong Long parecía mucho más peligroso desde el suelo. La hierba tenía un tacto extrañamente frío. El cielo claro había desaparecido detrás de una capa de oscuras nubes. En lo alto retumbaban los truenos. Todas las colinas y enormes rocas eran escondites perfectos para bestias que tal vez quisieran comerme.

Pero lo que más me preocupaba era el tío Chen. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no se había presentado? Era imposible que se hubiera olvidado. La idea de que los mántides le hubieran hecho algo me pasó por la cabeza, pero sabía que era demasiado duro para esos bichos. Los habría hecho picadillo con una zarpa atada a la espalda (o, lo que era más probable, sosteniendo una jarra de cerveza).

Decidí dirigirme al sur en dirección al Desierto del Pavor e intentar encontrar el Jardín de la Cebada Crepuscular por mi cuenta. Suponía que la gente de allí sabría qué le había pasado al tío Chen, o adónde había ido.

Era una posibilidad remota, pero en mis actuales circunstancias no tenía ninguna otra opción.



## Capítulo Once: El Desierto del Pavor

La primera vez que sentí miedo, auténtico terror, fue en la Isla Errante. No era más que una cachorrita, y había ido a la gran biblioteca a leer *El libro de la tortuga*. Al cabo de unas pocas páginas volqué un bote de tinta sobre el pergamino. Intenté borrar las manchas pero no hice más que empeorarlo. Así que me puse histérica, metí el libro en un rincón polvoriento de la biblioteca y esperé que aquello quedara para siempre en secreto.

Durante los siguientes tres días viví atemorizada, segura de que me descubrirían. Apenas podía comer o dormir. Casi no salía de mi habitación. El pavor se había apoderado de mí como uno de los malvados duendes del bosque de las historias de miedo de la abuela Mei. Al concluir el tercer día, los conserjes de la biblioteca imaginaron lo que había pasado. (Por suerte, el libro era una copia que tenían a mano.) Como castigo, papá me obligó a escribir la letra de «La canción de Liu Lang» unos cuantos miles de veces, pero eso no me importó mucho. Lo peor habían sido aquellos tres horribles días.

Nunca había vuelto a tener tanto miedo... hasta que entré en el Desierto del Pavor, la tierra natal de los mántides. Me adentré en la región dejando el Espinazo del Dragón más atrás de lo que me habría gustado. Un enorme barranco separaba las Estepas de Tong Long del Desierto del Pavor. Había ido hacia el oeste siguiendo el abismo hasta que encontré un puente natural, un gigantesco tronco hueco por el que pude cruzar.

El Sha del miedo había convertido el desierto en una extraña imagen reflejada de Tong Long. El terreno era el mismo —verdes colinas, rocas y majestuosos árboles kypari—, pero todo parecía extraño y poco natural. En lo alto, un grupo de nubes oscuras se retorcían formando un gran remolino airado. El cielo a su alrededor brillaba con un fulgor espectral. Manchones de energía blanca y negra del sha borboteaban por todo el suelo. Me recordaban a las manchas de tinta de *El libro de la tortuga*. De hecho, cada vez que respiraba o daba un paso sentía un escalofrío por la espalda, y era como si reviviera aquellos tres días de terror.

Quería salir corriendo. Y lo habría hecho de no haber tenido presente al tío Chen. *Tenía* que encontrar el Jardín de la Cebada Crepuscular.

Cuanto más me centraba en aquel lugar, más me serenaba. No paré de repetir mentalmente el nombre mientras me dirigía a la base de un árbol kypari que luego supe que se llamaba Kor'vess. Sus raíces expuestas eran tan grandes que se curvaban sobre mí como descomunales arcadas. Trozos de reluciente ámbar se desprendían de las ramas, flotando por el aire como

luciérnagas perezosas. Aquí y allá vi entradas abovedadas y ventanas con rejilla de panal construidas en el tronco del kypari. La arquitectura tenía cierta cualidad de insecto, y comprendí que los mántides debían de haber creado esas estructuras. ¡Los bichos vivían *dentro* de los árboles!

Por suerte no vi ningún mántide por la zona, o al menos ninguno vivo. Había cadáveres de bichos por todas partes, como si se hubiera librado algún tipo de batalla. Aun así, fui a lo seguro y no me despegué de las sombras de las raíces kypari, en busca de pistas que me indicaran la dirección del Jardín de la Cebada.

Mi primer avance se produjo al encontrar lo que quedaba de un barril de madera. Sin duda era de fabricación pandaren. Gotas de ámbar brillante rodeaban los restos. Entonces caí en ello: ¿acaso los pandaren que vivían en el Desierto del Pavor buscaban la savia de los kypari? Tenía sentido. Los mántides usaban el ámbar para todo tipo de cosas, desde crear armas hasta construirse sus hogares. Incluso había oído que aquella sustancia pringosa poseía propiedades curativas. Dicho de otro modo, sería el ingrediente perfecto para una remesa de cerveza poco común.

Tardé casi una hora en descubrir el Jardín de la Cebada en otro árbol kypari cerca de Kor'vess. Pandaren ataviados con armadura ligera se movían pesadamente en torno a aquel tosco asentamiento. Volutas de vapor salían de hirvientes calderos llenos de cebada y lúpulo. Pegotes de savia chorreaban del árbol hacia los barriles que aguardaban abajo. Era en general un lugar acogedor, aunque con bastantes aspectos por pulir.

Apenas me adentré en el Jardín de la Cebada, oí una voz familiar.

—... El Shadopan la vio por última vez en dirección al Desierto del Pavor —decía el tío Chen. Lo vi casi al fondo del asentamiento, de pie junto a otros tres pandaren.

—¿Entonces a qué esperamos? —contestó alguien. Era una señora mayor, con el pelo recogido en dos moños. Le dio un puntapié a un pandaren gordo que sesteaba en el suelo—. ¡Levántate, Gran Dan! No podemos permitirnos perder a otro Cerveza de Trueno.

—¿Me buscabais? —interrumpí.

Las cabezas de todos se giraron a la vez. La sorpresa en el rostro del tío Chen era impagable.

—¡Li Li! —Me levantó y me dio un fuerte abrazo. De repente todo mi miedo se desvaneció. Comencé a disculparme por haberme ido de la cervecería sin preguntar, pero el tío Chen me detuvo.

—¿Cómo podría enfadarme contigo por haberte ido a explorar? —dijo—. Es lo que he hecho yo toda mi vida. Pero me alegra que estés bien.

El tío Chen explicó por qué no había ido a recibirme al Espinazo del Dragón. Los mántides habían atacado varios puntos de la gran muralla, cortándole el paso. Una vez derrotados los bichos, encontró al monje del Shadopan Min, quien le contó lo que me había ocurrido. Mi tío acababa de regresar al Jardín de la Cebada y justo estaba organizando una partida de rescate.

¡Una partida de rescate repleta de *Cervezas de Trueno*! Se llamaban Han, Mamá y Gran Dan.

—¿Has cruzado Tong Long y el Desierto del Pavor tú sola? —me preguntó Han.

—¡Pues claro que sí! —Mamá me pellizcó la mejilla—. Es una Cerveza de Trueno, ¿no?

Gran Dan resopló, se sentó y se frotó los ojos. Me dio la impresión de que tanto movimiento no era habitual en él. Se me quedó mirando en silencio hasta que al fin dijo: —Se... parece a Evie.

Mamá, el tío Chen y Han asintieron e inclinaron la cabeza. Cuando pregunté quién era la tal Evie, me llevaron fuera del Jardín de la Cebada, hasta el barranco que rodea el Desierto del Pavor. Al borde del abismo había un monumento de piedra fijado al suelo. Estaba dedicado a Evie.

*Evie Cerveza de Trueno.*

Había muerto mientras estaba de caza en el Desierto del Pavor, asesinada por el sha o los mántides (o tal vez por una combinación de ambos). Fue el tío Chen quien la encontró. No llegué a conocer a aquella chica, pero la eché de menos. Si Gran Dan dijo que yo me parecía a ella, ¿significaba eso que también teníamos la misma forma de ser? ¿Podríamos haber sido buenas amigas, o incluso algo parecido a unas hermanas?

El sha y los mántides habían arruinado cualquier posibilidad de encontrar respuesta a esas preguntas. Estaba furiosa, no solo por Evie, sino por todo lo que había visto durante mis viajes

por Pandaria. De un modo u otro, los sha habían provocado problemas por todo el continente. ¿Cuánta gente inocente moriría como mi prima?

—Voy a llevarte de vuelta al Valle de los Cuatro Vientos —dijo el tío Chen—. Deberías quedarte allí hasta que nos hayamos ocupado del sha y los mántides. No es seguro explorar un páramo como este.

—No —repliqué. Explorar era *lo último* en lo que pensaba—. Hay un momento para explorar y hay un momento para plantarse y luchar. Me lo dijiste tú en una de tus cartas. Bueno, pues voy a seguir tu consejo. Quiero quedarme y ayudar.

Tenía miedo de que el tío Chen se negara y me enviara al valle de todos modos, pero al cabo de unos instantes una sonrisa tiró de las comisuras de su rechoncha cara. —Mmm. Así habla un auténtico trotamundos.

Tras eso, volvimos al Jardín de la Cebada. Había mucho por planear. Tal vez yo no fuera a luchar contra el sha y los mántides en las líneas del frente, pero haría lo que pudiera por ayudar, aunque fuera cortar vendas o preparar comidas. Estaba segura de que la muerte de Evie serviría para algo... de que Buwei y el pequeño Fu podrían volver al hogar de su familia y comenzar una nueva vida... y de que todos los demás a los que había conocido en mis viajes podrían vivir libres de la influencia de los sha.

Iba a asegurarme de que aún quedara una Pandaria que explorar cuando todo esto hubiera terminado.

*—Li Li Cerveza de Trueno*